

## Sombras y apariciones

Roberto Bolaño fue un caso literario y un escritor excepcional. Comenzó en la marginalidad, en la oscuridad, en una poesía difícil, y se convirtió en un cuentista y novelista central, quizás el más destacado de su generación, sin duda el más original, el más infrecuente. Me encontré con él algunas veces y estuvimos en un par de ocasiones, en Barcelona y en París, sentados en la misma mesa de conferencias. Era un hombre que ponía reservas y cortapisas, que desconfiaba, que no lo aceptaba todo de buenas a primeras, y esa actitud, sayo, esa naturaleza, mejor dicho, me parecía muchas veces admirable. Era un principio de rechazo de complacencia y lugares comunes y le daba una indolable libertad, una frescura de la visión. Ahora no sé si sabía que estaba enfermo, condenado, y si me conocimiento condicionaba su conducta. Todos estamos condenados, pero saberlo en detalle, con precisión o no, provoca una conciencia diferente, una lucidez sobria. Él tenía este tipo de lucidez.

En la literatura latinoamericana reciente formaba parte de la familia de José Luis Borges y de Nicomedes Parra, entre algunos otros. Era un escritor de escritores y para escritores, como Borges, y era, en seguimiento de Parra, un anticuista y antimodernista. Sus textos narrativos ponían la narración entre paréntesis, ponían la ficción en su lugar, y a la vez creaban un suspense, pero que no se basaba tanto en los hechos por sí mismos sino en la posibilidad misma de la escritura. El error o un precursor literario desaparecido se transformaba en la gran aventura, en el gran misterio novelesco, digno de una trama del género policial. Pero no digo que fue de estirpe borgeana, y lo fue en un doble sentido: el del aceph y el séptimo cielo, el de la culpa y la narración de detectives. En Barcelona me hizo presentar su novela *Los detectives salvajes* allá por los primeros meses de 1999. Para mi desgracia, en un altar de sinceridad que era necesario, dije que me faltaban cincuenta páginas para terminar esa novela de más de sesenta. Él se llevó las manos a la cabeza y se echó a reír, diciendo que se presentaba con una persona que "no había leído" su libro. De todos modos, terminé la lectura esa noche y escribí un ensayo que no me arrepiento de haber escrito. El difícil Bolaño, a pesar de las apariciones, tenía una cordialidad secreta, humana. En la Casa de América Latina de París, en una mesa redonda de hace alrededor de un año, presentábamos novelas breves nostras, editadas por un sello canadiense francés especializado en "novelas en miniatura", en compañía de una escritora mexicana. Bolaño dijo que le costaba mucho hablar de una obra suya y ofreció presentar en cambio la novela mía. Nuestra colega mexicana, no se sabe exactamente por qué, entró en un estado de sbita indignación. Uno de los personajes de la historia de Bolaño era una mexicana y nuestra compoche de mesa lo acusó en público, con innata furia, de toda clase de deformaciones y traiciones. La mesa naufragó en una confusión muy divertida, con el público riéndose a carcajadas. Bolaño después tuvo la mejor crítica de Francia y empezó a ser leído en todas partes. Pero tenía mal color y una especie de resignación de desesperada. Tenía mal diagnóstico. Alguien me entregó detalles de su enfermedad, y el asunto me dio mucha pena.

Propuse su nombre para el Premio Nacional de Literatura del año pasado y pensaron aquí en Chile que era una propuesta extravagante o promitadora. Somos el país de la literatura literaria, del convencionalismo crítico,



Jorge Edwards

No se puede dar premios a los que ya tienen algún premio, a los jóvenes, a los que no hacen gimnasia nacional, a los exiliados o asentados. Bolaño, además de ser el mejor candidato de lejos, no era tan joven, pero vivió la costumbre criolla y universal de los turnos, de las listas de espera. Bolaño tenía la buena costumbre, en general, de no creer en apuntes. Desconfiaba de los premios tanto como desconfiaba del Viejo Pascuero, a pesar de que en una etapa de su vida había vivido de un recurso extraordinario: mandando manuscritos a todos los concursos espaciales de provincias y recogiendo ocasionales galardones por todas partes. Era un antisocialista y al mismo tiempo, hasta cierto punto, por necesidad, un personaje de la picaresca. Aquí descubro un error que sajo con tradiciones más antiguas, con la del Bascón o la de Lázaro de Tormes. En algún sentido, la prosa inoperante, áspere, llena de humor negro de Bolaño no estaba demasiado lejos de la de don Quixote. Era más conceptista que barroca, más que-

Entonces tiene una visión: una sombra que no es una sombra sino un espejo y que parece un franciscano. Camina encima de la nieve, descalzo, y sus huellas puntiformes reflejan como una máquina de Eros. El niño, o, si se quiere, el antinño. Hora de emoción. Quizá como lo "sabrío hecho el personaje de Nicomedes Parra, con lágrimas de cocodrilo. El monje camina a buen paso y el niño lo sigue lo mejor que puede. Llega a una estación de ferrocarril y ahora lleva zapatos bajo los rebeldes "delgados como cañas". Compra un billete y cuando el tren aparece, salta a uno de los vagones con asombrosa agilidad.

Cero que las mejores páginas de Roberto Bolaño van a quedar como expresiones de una fantasía abierta, desatada y a la vez controlada, que lo ponía todo en tela de juicio, pero que nunca daba ni pretendía dar un mensaje concreto, acotado, interpretable o traducible a otros lenguajes. La vida de Bolaño se purgó mucho, en definitiva "el qué" en la mente, en fin, para citar a Stéphane Mallarmé, a su literatura. Los escritores con algo de sorpresa y ahora que nos toca hacer el balance. A los quince años de edad, en la época de las rebeliones estudiantiles en el mundo y de la matanza de Tlatelolco, se fue a México. A comienzos de la década de los setenta regresó a Chile y parece que intentó de fondo a la Unidad Popular contra el golpe de Estado, gesto juvenil del que ni siquiera hablaba. Estuvo preso, consiguió escapar o salir con ayuda de algunos amigos y terminó encastillado en el pueblo caudal de Illapel, en las cercanías de Barcelona. Ahora anunciaba una novela, *2666*, sobre el tema de los asesinatos en serie de mujeres en la frontera de México con los Estados Unidos. Dijo en una entrevista que llevaba escritas "sólo mil páginas", páginas que desde luego nos gustaría mucho poder leer. Será uno de los ejemplos, con frecuencia rotundos, de sinfonías o de novelas inconclusas en la historia del arte. A propósito, sentí en algún momento, y lo sentí en escala menor, sin



Roberto Bolaño.

ánimo de exagerar, que los paisajes urbanos de sus *Don Juanes* católicos tenían una notable relación con los de *El castillo*, de Franz Kafka, otra novela inconclusa, sin la más lejos. Y el tema de la novela inédita, por otra parte, confirma que Bolaño perteneció al grupo de los escritores extranjeros que escribieron sobre México. El libro *Desde los detectives salvajes* y desde muchos de sus cuentos. Perteneció también a la categoría contemporánea, inconfundible, de los exiliados que eran en el fondo y en cualquier lugar exiliados incógnitos. A juzgar por sus declaraciones finales, oscilaba entre la narración breve, de estructura rigurosa, y los engrandidos novelescos más o menos voluntariosos. Es una forma excepcional europea, como el Finnegans wake, para citar el texto célebre y casi imposible de James Joyce, que tiene curiosas variantes en América Latina. Al comienzo decía que Roberto Bolaño fue un caso literario. Ahora, en resumidas cuentas, después de un intento de balance, me atrevo a agregar: ¿y qué caso?

## Sombras y apariciones [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2003

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Sombras y apariciones [artículo] Jorge Edwards. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile